

REFLEXIÓN

La Santa Misa, corazón y alma de nuestra fe, corazón del mundo y sol de la Salvación

Las almas que anhelan desesperadamente la unión con Jesús lo pueden lograr espiritualmente. La comunión espiritual no puede reemplazar la comunión sacramental, pero puede complementarla.

Fray Petar Ljubicic

En primer lugar, es necesario creer firmemente en Jesús eucarístico, en su presencia en la Hostia consagrada, y sobre todo, amarla con todo el corazón y ardientemente anhelar la unión con Él. Este deseo nos une a Él. Así es como piensa y siente San Juan de la Cruz.

Comunión Espiritual

San Alfonso Liguorio nos aconseja sobre cómo tenemos que orar: “Jesús mío, creo firmemente que estás presente en el Santísimo Sacramento. Te amo ante todo y deseo unirme contigo. Ahora no te puedo recibir en la Santa Comunión, por eso te ruego que vengas ahora en mi corazón... Ahora estas aquí y te recibo en mi abrazo y me uno totalmente a ti. No permitas que jamás me separe de ti”. Podemos recibir la comunión espiritual cuántas veces queramos durante el día.

En la biografía de Santa Katarina Sijenska leemos cómo Jesús en una aparición le mostró cuanto amor manifiesta en la comunión espiritual. La santa pensaba que la comunión espiritual comparada con la comunión sacramental no tenía ningún valor. Jesús se le apareció con dos cálices en las manos y dijo: "En este cáliz dorado pongo todas tus comuniones sacramentales, en el cáliz de plata pongo todas tus comuniones espirituales. Los dos cálices son muy queridos para mí".

A Santa Margarita Alacoque, que persistentemente anhelaba a Jesús en el tabernáculo, en una ocasión Jesús le dijo: “El deseo de un alma al recibirme es muy apreciada para mí y por esto siempre voy cuando un alma con tanto anhelo me llama”. Por eso los santos amaron y apreciaron la comunión espiritual. Ellos deseaban con “el amado siempre ser uno”. Jesús dijo: “Permaneced en mí y Yo permaneceré en vosotros” (Jn 15,4). La comunión espiritual nos ayuda a estar unidos a Jesús si nos encontramos lejos de su tabernáculo. No ha existido otro medio que haya podido satisfacer tanto el anhelo de los santos de poder encontrarse con Jesús. Como dice el salmo: “Como anhela la cierva las corrientes de las aguas; así te anhela mi alma; oh Dios” (s 42,1).

“Oh, mi Amado” decía santa Katarina Genovska: “Anhelo tanto estar contigo. Si muriera desearía resucitar para poder recibirte en la santa comunión”. Santa Ágata de la Cruz sentía un gran deseo de estar unida a Jesús en la Santa Eucaristía: “Si mi confesor no me hubiera enseñado a comulgar espiritualmente, no podría vivir”.

Durante el día

Es bueno recordar el consejo que San Pío dio a su hija espiritual: “Si durante el día lo necesitas, llama a Jesús ardientemente, y en medio de su trabajo, si le llamamos con el alma ardiente, Él vendrá. Con el poder de su gracia y de su amor estará siempre contigo. Ve al tabernáculo en espíritu, que descansen tu alma y recibe a tu querido Jesús en un abrazo”. Hemos de aprovechar este gran regalo, especialmente en pruebas de tiempo y abandono. No existe nada más valioso que la unión con Jesús en la comunión espiritual. Este santo ejercicio puede llenar nuestros días con amor, nos pone en contacto con el abrazo de Jesús tantas veces cuanto deseemos hasta la unión total con Él. Santa Ángela Merici no podía vivir sin este ejercicio y lo enseñó a sus hijas dejándolo como patrimonio espiritual.

La vida de San Francisco de Sales estuvo llena de comuniones espirituales y su intención era recibir la comunión espiritual cada cuarto de hora. La misma intención tenía santo Masimilian Kolbe, y el siervo de Dios, Andria Baltramini, en cuyo diario dedica una parte a la comunión espiritual donde dice: “Donde quiera que me encuentre sin cesar pienso en la comunión espiritual, y si me despierto por la noche deseo adorar a Jesús en el Santísimo Sacramento”.

Durante la noche

Los santos conocían bien cuánta gracia se recibe en la unión espiritual con Jesús. Eran concientes que de esta manera le mostraban su amor. Santa Bernardita pedía a sus hermanas que la despertaran para recibir a Jesús espiritualmente.

Mientras, San Roque, en Montpellier, cumpliendo una pena de prisión de cinco años porque pensaban que era un peligroso vagabundo, dirigía siempre su mirada hacia la ventana. Cuando le preguntaron por qué lo hacía, el santo respondió: “Veo la torre roja”. Para él era el símbolo del tabernáculo y representaba su amor hacia Jesús eucarístico. Decía a los fieles “Cuando veáis la torre de una iglesia decid: Allí está Jesús porque allí está el sacerdote que celebra la eucaristía”.

Aprendamos de los santos. Que por su poderosa intercesión nos ayuden a que nuestros corazones estén resplandecientes por medio de su amor. Durante el día practiquemos la comunión espiritual, especialmente en los momentos difíciles. Es muy reconfortante lo que nos dice San Leonardo de Porto Maurizio: “Si durante el día a menudo practicáis la comunión espiritual, cuando estéis en una misa vuestro corazón será totalmente transformado”.

La Santa Misa es mi cielo en la tierra

La Santa Misa tiene un valor inmenso y cada día tendría que ser lo más importante de nuestra vida. Esto nos dice San Bernardo: “La piadosa celebración de la Santa Misa tiene más mérito que si todos sus bienes se repartieran entre los pobres o fueran de peregrinación a los santuarios de todo el mundo”.

San Francisco de Asís cada día participaba en dos eucaristías. Cuando cayó enfermo pidió a sus hermanos que celebraran la Santa Misa en su celda. Santo Tomás de Aquino, después de celebrar la Santa Misa, concelebrada en otras eucaristías en símbolo de gratitud por el gran regalo de Dios.

San Pascual Bailón era un pequeño pastor y no podía ir a la Santa Misa porque tenía que cuidar las ovejas pero cuando escuchaba las campanas de la iglesia se tiraba ante la cruz de madera que ha había hecho él mismo y con el pensamiento seguía al sacerdote que celebraba la misa. En el momento de su muerte, escuchaba las campanas de la iglesia y con sus últimas fuerzas susurró a sus hermanos: “Me alegra que mi vida miserable haya podido conectar con el Sacrificio de Jesús.”

San Juan Berchmans, todas las mañanas al amanecer iba a la Santa Misa. En una ocasión su abuela le preguntó porqué lo hacía y el niño contestó: “Para pedir a Dios la bendición y ahora puedo estar en tres Santas Misas antes de ir al colegio”. La reina Santa Margarita de Escocia, madre de seis hijos, acudía cada día a la Santa Misa con sus hijos y con amor maternal les enseñaba el Misal enseñándoles que era una gran riqueza. Los sacerdotes humildes y santos, como San Francisco Javier Bianchi, han experimentado un gran dolor cuando ya no han podido celebrar la Santa Misa, él decía “Cuando no puedo celebrar la Santa Misa, me siento muerto!”. San Juan de la Cruz reconocía que durante la persecución lo más doloroso era que durante nueve meses no pudo celebrar la Santa Misa, ni podía comulgar. San Lovro Brindiziski en una ocasión se encontró en un lugar con personas de otra religión y no había ninguna iglesia católica por lo que diariamente caminaba 40 minutos hasta la primera iglesia y a menudo decía: “La Santa Misa es mi cielo en la tierra”.

San Francisco de Sales vivía en un pueblo de protestantes y cada mañana madrugaba para poder llegar a la iglesia católica que se encontraba al otro lado del río. Los otoños eran muy lluviosos y se llevaron el pequeño puente, pero para el santo esto no representó ningún problema, se sirvió de un árbol y, como si montara a caballo, cada mañana pasaba a otro lado del río para celebrar la Santa Misa.

Nunca podemos dejar de pensar lo suficiente en el misterio de la Santa Misa que se ofrece en nuestros altares y se repite como el sacrificio de Jesús en la cruz. Nunca podemos amar suficientemente este precioso milagro de amor divino. San Buenaventura escribió: “La Santa Misa es la mayor obra de amor que Dios pone cada día ante nuestros ojos. En cierto sentido, la Santa Misa es la síntesis de todos los bienes que nos dio.”

Acordémonos de Santa María Goretti que diariamente caminaba 24 kilómetros hasta la iglesia y luego 24 kilómetros de vuelta. San Masimiliano Kolbe celebraba la Santa Misa tan enfermo que su hermano tenía que sostenerle para poder aguantarse de pie. Cuántas veces el padre Pío celebraba la Santa Misa sangrando. Los santos cuando por las enfermedades no podían celebrar la Santa Misa espiritualmente conectaban con los sacerdotes que en esos momentos celebraban misa por todo el mundo. Así hacia santa Bernardita que durante largo tiempo estaba en cama enferma, decía a sus hermanas: “En algún lugar del mundo se celebra ahora la Santa Misa y espiritualmente me conecto y uno a ella”.

El rey santo de Francia, Luis IX, cada día participaba en varias misas y sus ministros se quejaban que durante este tiempo no podía dedicarse a las cosas de reinado, y el rey decía: “Si dos veces más dedicara mi tiempo a la caza u a otras cosas, no les molestaría”. Seamos generosos y sacrifiquémonos un poco a fin de no perder ni una Santa Misa.

San Agustín, decía a sus fieles: “Realizado todos los pasos que estamos haciendo para llegar a la celebración de la Santa Misa, los contempla un ángel y Dios recompensa a cada uno, aquí y en la eternidad.” El santo párroco de Ars decía: “Lo feliz que es un ángel de la guarda cuando puede acompañar a su protegido a la Santa Misa.”

San José Cottolengo recomendaba a los profesores, a los médicos, a los padres... asistir a la Santa Misa diariamente y si alguno le decía que no tenía tiempo el santo decía: “¡Mala planificación del tiempo!”. Y es verdad, si realmente nos damos cuenta lo valiosa que es la Santa Misa, haríamos todo lo posible para encontrar el tiempo.

“Ninguna lengua humana”, declaraba San Laurentin Justiniani, “puede enumerar todo lo bueno que sobresale del Santo Sacrificio de la Misa: el pecador se reconcilia con Dios, el justo se hace más justo, desaparece la culpa, la maldad se destruye, las virtudes y los méritos se multiplican y los acechos de Satanás desaparecen”.

Fuente: Glasnik mira n°7
Julio, 2013

Traducido por: Sandra Barisic